

ARTÍCULO DE OPINIÓN

“Distopías Comerciales: De Orwell a Conrad, una lectura arancelaria del nuevo orden global”



Mg. Ec. Amanda Hidalgo

El pasado anuncio del presidente Donald Trump con el que impuso aranceles mínimos del 10% sobre todas las importaciones, y tasas específicas de hasta 60% para países con superávit comercial frente a EEUU, marcó una inflexión geopolítica tan profunda como simbólica. Más que una simple medida económica, lo que se vislumbra a todas luces es la intención de reconfiguración del orden mundial bajo lógicas de defensa, poder y excepcionalismo económico.

Este giro comercial, aunque enmarcado en argumentos soberanistas y de protección del empleo industrial, nos remite inevitablemente a los renglones de *1984*, la obra distópica de George Orwell, donde el conflicto externo es utilizado para mantener una narrativa interna cohesionada. El presente análisis no pretende ser una crítica moral, sino una observación literaria de tinte económico: las tensiones internacionales como instrumento de afirmación doméstica. De la misma manera, *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad nos recuerda que las formas de dominación más eficaces no siempre implican ocupación territorial, sino influencia estructural, en este caso, vía comercio e interdependencia económica.

No es la primera vez que el mundo presencia una escalada de proteccionismo liderada por potencias industriales. En los años 30 y durante la Gran Depresión, la Ley Smoot-Hawley en Estados Unidos elevó sustancialmente los aranceles sobre más de 20.000 productos importados. La respuesta internacional fue una cadena de represalias comerciales que hundió aún más el comercio mundial y agravó la tan pronunciada crisis. Aquella experiencia histórica sigue siendo un punto de referencia para los economistas liberales, quienes sostienen que las guerras comerciales son fáciles de iniciar, pero muy difíciles de controlar.

Clásicos como Hayek o Friedman advertían que el intervencionismo comercial sostenido suele ser ineficiente y termina erosionando tanto la libertad económica como la competitividad. Friedman solía decir que “las barreras comerciales no protegen empleos; protegen a las industrias de adaptarse”. Sin embargo, también reconocía que en el corto plazo, estas medidas podían ser políticamente o popularmente irresistibles.



Por otro lado, es imposible analizar la coyuntura sin observar que en las últimas dos décadas Asia ha desplazado a Occidente como el centro de gravedad económico. Este reposicionamiento no es casual: responde a decisiones estratégicas de aplicación a largo plazo. Los gobiernos de China, Corea del Sur, India y el sudeste asiático invirtieron masivamente en educación técnica, ciencia aplicada y desarrollo tecnológico. La combinación de infraestructura logística, políticas industriales activas y un mercado interno robusto ha permitido escalar y fortalecer las cadenas de valor y liderar sectores como semiconductores, energías limpias y manufactura avanzada. Mientras Occidente debatía sobre deslocalización y austeridad, Asia construía capacidades productivas.

Ahora bien, más allá de los paralelismos literarios o de los debates doctrinarios, el impacto real para economías como la ecuatoriana no es un asunto menor. Según cifras del Banco Central del Ecuador (BCE), en enero de 2025 las exportaciones no petroleras hacia EE.UU. sumaron USD 498 millones, lo que representó un incremento del 52% respecto a enero de 2024. Los principales productos: camarón, flores y banano. Todos ellos estarían sujetos a reevaluación arancelaria si el nuevo diseño comercial estadounidense se concreta.

En un entorno de guerra arancelaria global, Ecuador podría colocarse frente a un dilema: su dependencia del mercado estadounidense es estructural y su capacidad de respuesta, limitada por decirlo de algún modo, por la dolarización. Ante este panorama, la estrategia no puede ser reactiva. Es indispensable abrir nuevas rutas comerciales, consolidar acuerdos con Asia y la Unión Europea, y acelerar la transición hacia un modelo productivo más sofisticado.

La historia nos enseña que las grandes transiciones económicas (como las que estamos presenciando) no siempre se entienden en tiempo real. A veces, es en las novelas donde encontramos las claves interpretativas más lúcidas. Orwell y Conrad no escribieron sobre aranceles, pero sí sobre poder, incertidumbre y los mecanismos con los que las naciones se narran a sí mismas frente a un mundo en constante cambio.

Autoría:

Mg. Ec. Amanda Hidalgo
Investigadora ICPI

INSTITUTO INTERNACIONAL
DE CIENCIAS POLÍTICAS